

UNA AVENTURA HACIA EL CONOCIMIENTO

En 1950 escribe Vicente Aleixandre: «La pasión del conocimiento (y deberíamos poder añadir: y la de la justicia) está ínsita en el artista completo» (II, 659) (1). Y en otro sitio del mismo texto, titulado «Poesía, moral, público», añade: «Fuente de amor, fuente de conocimiento; fuente de iluminación, fuente de descubrimiento; fuente de verdad, fuente de consuelo; fuente de esperanza, fuente de sed, fuente de vida. Si alguna vez la poesía no es eso, no es nada» (II, 666). Es ésta una declaración en la que conviene detenerse y observar cómo Aleixandre, para sugerir el vasto sentido de la poesía, organiza dos series paralelas de nociones: una, presidida por el objetivo del conocimiento (con los sucedáneos o enmascaramientos que lo implican: descubrimiento, iluminación, verdad); otra, regida por el propósito de expresar la existencia del hombre (y las tensiones emocionales inmediatas que a ésta acompañan: amor, consuelo, esperanza, sed), para al cabo confundirlas en un solo y último acorde: la vida. Y más escuetamente las volverá a reunir e identificar en un poema de esos mismos años («La oscuridad», de *Historia del corazón*), donde encontramos ya esta sentencia definitoria: *Conocer, penetrar, indagar: una pasión que dura toda la vida* (I, 727). Y siempre, para describir la función en principio intelectual del *conocimiento*, acerca a este término, caldeándolo de alta temperatura cordial, la palabra de mayor temblor humano posible: *pasión*.

Una consecuencia natural se desprende en su obra: puesto que la vida le ha durado, le va durando, esta pasión del conocimiento se ha acrecentado y ha invadido poderosamente toda su poesía última. Ya situados en esta perspectiva, resulta tentador mirar hacia atrás en su trabajo poético y ver cómo a todo su través se ha venido manifestando esa pasión. Esta aproximación parcial, que muy esquemáti-

(1) Las citas de Vicente Aleixandre se hacen siempre por sus *Obras Completas*, 2.ª edición, dos volúmenes (Madrid, Aguilar, 1978). Indicamos en caracteres romanos el número del volumen, y en arábigos el de la página correspondiente. Para facilitar la localización del texto de donde procede la cita (verso o prosa) en otras ediciones de Aleixandre, consignamos igualmente, en todos los casos, el título del mismo.

camente por ahora intentaré aquí—o sea recorrer la obra aleixandrina desde su intuición de la poesía como ejercicio de la pasión del conocimiento, como una aventura hacia el conocimiento—, no pretende, desde luego, desconocer los varios estudios integrales sobre su obra. Es más, con alguno de ellos—particularmente con el definitivo libro de Carlos Bousoño *La poesía de Vicente Aleixandre*, tercera edición aumentada (Madrid, Gredos, 1977)—ciertas áreas de tangencias en los señalamientos serán lógicamente inevitables, y además tan familiares al lector, que apenas necesitaré de alguna incidental mención específica de estas tangencias.

Claro es que al hablar Aleixandre del conocimiento, es legítimo pensar que por tal se refiere a la forma de éste que al autor le es propia: al del conocimiento poético, aquella por la que el creador, mediante la palabra, intenta desde la emoción penetrar e iluminar el sentido de su propia experiencia vital (2). Pero no menos evidente ha sido su nada secreta aspiración por arribar a alguna suerte de conocimiento de algún modo objetivo y, por tanto, de validez comunitaria y servicial—intersubjetiva y, por tanto, abierta a los demás—, pues al efecto debemos recordar otro de sus más cálidos axiomas: «Servir: la única libertad de la poesía» («Poesía, moral, público», II, 661). Hemos de partir teniendo muy en cuenta la propia trayectoria total del poeta. Y no olvidar que ésta, en su conjunto, tiende un arco que va desde una poesía de exultante sensorialidad pánica y de temple fuertemente emocional y aun apasionado—en la cual lo que por «pensamiento» estricto aceptamos generalmente pareciera como difuso y resistido a todo empeño de nítida demarcación racional— a un verso de ya más explícita intencionalidad reflexiva (sus libros últimos). A la vista de esa trayectoria cabría aplicarle, entre los posibles modos de entender el proceso cognoscitivo, aquel que lo concibe como el tránsito por el cual los datos inmediatos de los sentidos—gozosa o sombríamente apprehendidos en los tramos primeros de su obra— que-

(2) Al término de un reciente libro suyo, en que aborda el problema del conocimiento en tres poetas hispanoamericanos (Borges, Lezama Lima y Octavio Paz), resume Ramón Xirau uno de los puntos por los que la poesía puede acercarse e identificarse al conocimiento. Al efecto escribe: «La poesía es una función cognoscitiva. Conocer significa aquí, como habrá podido verse en el contexto de los varios capítulos precedentes, *penetrar*, es decir, *intuir*; significa también dirigirse a obtener una imagen del mundo, un cierto sentido de la vida, un conocer que, fundado en la emoción, es también una visión del universo y acaso una metafísica. El conocimiento poético, rítmico, amoroso, emotivo, conceptual está en las palabras; va también más allá de ellas.» Xirau, *Poesía y conocimiento* (México, Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1978), p. 137. Conocido este libro después de redactado mi ensayo, debo consignar siquiera en nota este recto entendimiento de la poesía como medio de conocimiento, puesto que a ese entendimiento, creo, se ajusta mi enfoque; especialmente cuando en mis páginas finales vengo a sugerir que la vía hacia el conocimiento último—y metafísico—que desbroza la poesía más cercana de Aleixandre se dibuja tanto en las palabras (o por las palabras) como *más allá de ellas*.

dan asumidos y (todo lo escépticamente que en Aleixandre sea esperable) reelaborados en nociones de conciencia: su poesía final.

En formulación que metodológicamente conviene adelantar, sin profundizar en ella por ahora, diríase que aquella fase inicial de recepción sensorial de la realidad (de otro modo: el registro del mundo) corresponde en Aleixandre, como principio al menos, a la acción de *conocer*, propia de la juventud y signo de vida; lo que de ello resulte, y la conciencia pueda macerar y transmutar a posesión o haber del hombre, deviene *saber*: estado (no acción) de sabiduría o ciencia, patrimonio de la vejez y anticipo de muerte. Tómese lo anterior, sin embargo, como una distinción nada rigurosa y sólo ancilar, manejable únicamente como punto de partida y, por modo continuo, siempre provisional: palimpsesto es más bien sobre el que la existencia, y la poesía que la expresa, escribirán sus más enérgicas correcciones, incluso llegando a borrar tal distinción. Mas este será ya el punto final de nuestra incursión, y no debemos de entrada precipitarlo.

Este recorrido cruzará, de modo lógicamente más rápido en sus comienzos, las tres grandes etapas de la poesía aleixandrina, tan conocidas que resulta dispensable demorarse ahora en su prolija descripción. Mas sí será adecuado separar esas etapas y, sobre todo, «rotularlas» de una manera derechamente idónea a nuestros fines, para que así vayan dando cuerpo al esquema que de aquí pueda surgir. En la primera de ellas, al poeta se le siente sostenido sobre un impulso que, en este momento, designaremos de modo escueto como de *comunión*; la segunda aparece dominada con mayor energía que nunca por el tan característico empeño aleixandrino de *comunicación*; y la tercera, integrada por sus cuadernos últimos, se revela como dirigida ya con muy intensa decisión por la urgente e insoslayable voluntad de *conocimiento*.

Hay que aclarar en seguida el sentido de estas tres rotulaciones básicas, hasta aquí enunciadas de manera simplista y aun elíptica en exceso, apuntando de paso su casi biológica vinculación con la órbita vital del poeta. Esa suerte de vinculación, que no supone descender a detalles biográficos o anecdóticos, no es inoperante en el caso de Aleixandre. Este —y ya conocemos la raíz romántica de su doctrina estética— ha expresado, y ha vivido, su idea de la total inseparabilidad de vida y obra, para él absolutamente indivisibles (3). Y se impone proceder de este modo, porque si bien esa pasión o voluntad de conocimiento se apodera mayoritariamente de su poesía más cercana, conoce también de continuados y anteriores afloramientos (que

(3) Dice Aleixandre: «Si alguien nos dijera que la poesía puede sustituir a la vida, volveríamos la cabeza con repugnancia» («Poesía, moral, público», II, 664). Y algo más adelante añade: «La poesía, cualquiera que sea su signo, siempre es vida» (665).

van de lo más diluido a lo más preciso), los cuales se hacen progresivamente mayores a través aun de las dos estaciones previas aludidas. Y todas esas estaciones, las tres, se articulan y emergen por naturalísimo modo de los estadios de la vida del poeta con los que cronológicamente se corresponden.

Ese itinerario y tal correspondencia podrían sintetizarse así. Incesariedad, primero, de la formulación, como tal formulación, de esa voluntad, la del conocimiento, pues se está inmerso aún en una actividad que es superior y más rica que cualquier proclamación: se la está viviendo, se está experimentando el conocimiento en tanto que aprehensión de la realidad por los sentidos y la emoción: etapa de la juventud y de *comuni3n* con aquello —el reino primario, pero total, de la materia— cuya vivencia identificativa parecería serle suficiente. Sugesti3n despu3s, y ya hacia la entrada en la madurez, de que al hombre no le es bastante cumplirse en la disoluci3n del yo dentro de esa realidad otra que es el universo material, el cosmos f3sico, y concienciaci3n por ello de que el *otro* («lo otro») requiere de m3s inmediatas concreciones: es ese yo urgido al mismo tiempo del otro humanamente encarnado; es el «yo es otro» que intuyera profundamente Rimbaud. Conocer ser3 ahora conocerse tanto como, indefectiblemente, *reconocerse* en los dem3s: etapa de la *comunicaci3n*, superaci3n humilde del vigoroso pante3simo vitalista anterior y aceptaci3n amorosa y necesaria del pr3jimo. Y, por fin, ganadas ya esas dos formas radicales, pero dial3cticas, de identificaci3n —con la materia, con el hombre— apuntar3, soberana, la duda epistemol3gica: ¿Se los ha conocido en verdad? ¿Me he conocido al conocerlos? Y si he logrado ese conocimiento, y lo tengo ya sustanciado en saber, ¿qu3 valor puedo concederle a esta sabidur3a? Es la 3nica inquietud vital, pero inquietud que linda con el m3s febril desasosiego, que da sentido a la por otra parte tan rica como letal serenidad de la vejez (4). Agotada la sorpresa qu3 es el vivir, resta s3lo meditar en lo que su ciencia sea: etapa del *conocimiento* o, mejor, etapa en que s3lo el inquirir con nerviosidad sobre el conocimiento y la sabidur3a, como algo que ciertamente no se resuelva en c3modo quietismo, ser3 a3n signo tangible de vida.

Nuevo y m3s apretado resumen. Inicialmente *comuni3n*, en su alcance casi sacramental de participaci3n com3n en una realidad que

(4) Que desde fecha muy temprana, en su vida Aleixandre asoci3 la sabidur3a a la vejez (como opuestas a la fresca impetuosa de la juventud), al tiempo que por ello mismo contemplaba a aqu3llas con desconfianza y aun tristeza, se revela en estas l3neas de una «Carta publicada a D3maso Alonso» en 1940: «S3lo me falta, ay, lo 3nico que de veras importa: el cuerpo joven, ligero, sin el cual lo dem3s se convierte, despu3s de todo, en sabidur3a, lo m3s lejano de la juventud...» (II, 647).